

donde arrojar una carrada de escombros, un montón de oxidadas latas inservibles; por allí hurga, encorvado, en búsqueda inútil e ilusa, esa figura de aguafuerte, el prójimo roto y barbudo, el bichicome, que lleva al hombro una bolsa llena de nada, igualito al espantajo con el cual, haciendo bronca la voz, se asusta a los chiquilines: «jese es el hombre que se roba a los niños!»

Que sé yo! Allí—como arrojándole pasto a la crónica policial—amanece un desconocido acribillado a puñaladas; perros vagabundos desentierran un recién nacido, que oculta un drama de amor; allí rueda algún borracho que, al despertar, ignora para dónde iba.

Allí mueren en un estertor desmayado los silbatos agudos de las fábricas, ecos—al parecer—de submarinos klaxones lejanos; el chirriar áspero del tranvía que, huyendo del Cementerio del Buceo, gira en la calle Comercio; el clamor de la ciudad, que despierta con los gallos de arrabal y se duerme bajo el manto helado de la medianoche, entre la indiferencia de las estrellas y los fríos ojos de vidrio de la luz eléctrica.

Por allí continúa rodando el tiempo, la luz, la sombra, las estaciones, el sol, la luna, los astros...

El viento del invierno—mojado del agua salada del mar—llega del Sur, mordiéndolo y quemando las hierbas. Luego de las lluvias que lavan los cielos, ya llenos de gracia con el plácido vuelo de las gaviotas o encogidos ante los flechazos negros de los maragullones rápidos como una saeta, irrumpe la primavera con su renacida coquetería femenina, reverdeciendo la tierra, prendiendo florecillas en la solapa de todos los yuyos, nevando de diminutas corolas al berro y amontonando en las barranquitas del arroyuelo las lindas espumas rosadas de los huevos de los caracoles.

Los elementos, las fuerzas naturales, parece reconquistaran aquel rincón un poco salvaje—limitado por el gran mordisco de una cantera abandonada—en cuyo linde, como si no se atrevieran a hollarlo, se alzan áridos, los muros huérfanos de reboque de las últimas casas de la ciudad.

Pero es una ilusión.

Por allá, entre el maremagnum gris, amasacotado y mohoso de los edificios, entre ese organismo sórdido y tumultuoso que forma la urbe, unos hombres amarillos y calvos, unos seres graves como monos enfermos, tristes y anteojados, manipulan fúnebres actas de defunción, apolillados papeles sellados, trezado galope de letrero negro, que terminan por descifrar y cuya jerigonza reza que nuestro campito tiene un dueño, quien termina por solicitar al Municipio su delimitación, su amanzanamiento y nomenclatura.

A los naturales y escasos frecuentadores del baldío se suman ahora empleados que vienen y se van, cual si temieran ser víctimas de una intoxicación de salud, de silencio, de poesía... un sujeto con polainas, sombrero colonial y un teodolito, que, por el ojo de cíclope de su aparato, mira una gran regla raduada que unos peones sostienen a distancia, mientras él negrea de guarismos una libreta.

Clavan y desclavan picas con banderolas rojas y blancas, jugando en grande a los mariscateos de los que siguen las guerras sobre los mapas pasivos y, tras unos días, tres o cuatro nuevos personajes, descargan de un carro unos tirantillos, los afirman en tierra, y sobre ellos fijan un gran letrero de lienzo, que impone el escándalo de sus letras llamativas.

Una casa de hombre

Corre una semana, dos...

Las hierbas holladas por el ajeteo del remate readquieren su natural posición e insisten en afirmarse, en ahondar sus raicillas tenaces, desde las cuales van a subir, como un canto, flores y frutos y semillas.

¿Inútiles decís?... ¿Lo serán, la espina de carnero, con su pomponcito lila; el abrojo, tan seguro de sí, con sus hojas ásperas de olor ácido y excitante, con sus múltiples pinchos y su pasión invasora; el enhiesto cardo decorativo, con su flor magnífica; los huevos de gallo y las tutías, cuyas dulces esferitas rojas persiguen los chiquilines; la hierva de la perdiz y algún macachín, acompañando a la marcela tónica y a la prolífica manzanilla que, con su flor de oráculo, está alargando hacia los dedos de las doncellas sus pétalos albos que guardan el misterio... La manzanilla humilde, que nieva y dora los baldíos y ayuda a confiar en el destino, mientras la esperanza teje todas las quimeras y las músicas del cielo y de la tierra traducen sueños y lisonjas de amor!

¿No servirán para nada esos bichitos modestos? ¿Y todas las otras vidas ínfimas que medran milagrosamente? Toritos, guitarreros, grillos, sapos, perritos de la tierra, orugas, mariposas?

¿Y ese otro mundo alado, inquieto de vuelos y de píos? Ratonerías, páculas, mistos, chingolos, gargantillas, los parias, sobre los cuales se perfilan, irradian su

poesía, su júbilo su elegancia, la voladora flor del encendido churrinche, el incansable hornero, la gracia inimitable del colibrí, la línea armoniosa de la tijereta bandolera, y todos esos pajaritos sin nombre, sin color, sin trinos, pero con ese algo de ágil, leve, aéreo, de lo que, por elevarse a voluntad de la pesadez de la materia, nos da idea de una esencia superior a la de nosotros los hombres.

A esas criaturas habría que preguntarles quién se equivoca al estimar inútiles tales existencias que, como la de los árboles, son las elegidas, las predilectas de la Naturaleza, por ser dueños de una pureza inalcanzable y una envidiable virtud, la de bastarse a sí mismos, la de no necesitar someter a los semejantes a infames torturas para arrancarles y usurparles el fruto de su esfuerzo.

Esos, que no compran ni venden, tendrían que ser nuestros maestros.

¿Cuándo estaremos a su altura para juzgarlos?

A esos que, como el espinero, amon-tona ramas secas y construye su erizada residencia; como el hornero, que amasa con pajitas y barro su construcción maravillosa; esos que tras el endeble reparo de una mata de carqueja construyen un refugio muelle y allí cobijan, cuidan, alimentan a sus pichones y los defienden con una dedicación y un esfuerzo heroico, inaudito, ejemplarizador.

Nos hemos puesto a meditar sobre las casas de los pájaros, sobre el reparo de los insectos y las cuevas de los bichitos, porque el baldío se empieza a poblar, porque el campito, que creyó reconquistar su libertad, va a ver al hombre, al hermano mayor de esas otras divinas existencias, haciéndose un refugio, construyendo un nido para su vida, para su ternura, para su hogar, quizá para su dolor!

.....

Del profeta Martí:

...; cuando la América sagaz veía ya en la independencia de Cuba la de nuestro continente, inseguro sin ella, o con ella, por lo menos, mucho más seguro,— un mexicano de raza india nos amó y nos proclamó;...

José Martí, *Obras*, vol. VII. Habana. 1909. Edición de Gonzalo de Quesada.

Habla José Martí de México, en 1891 y en Nueva York:

¡Saludamos a un pueblo que funde, en el crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! ¡Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América!

(José Martí, *Obras*, vol. VII. Habana. 1909. Edición de Gonzalo de Quesada).

Este semanario, en los Estados Unidos, lo puede obtener por medio de:

F. W. FAXON CO.
SUBSCRIPTION AGENCY
FAXON BUILDING
83 FRANCIS STREET
BACK BAY
BOSTON, MASS.

Damas y Caballeros

La Sastrería de Francisco Gómez e hijo, ha establecido un plan de sobretodos y vestidos estilo Sastre para damas. ₡ 1.50 semanales en combinación con las dos últimas cifras de la lotería; telas especiales importadas por la casa.

Para caballeros el mismo sistema de ₡ 3.00 y ₡ 2.50 semanales. Puede ser el costo de su vestido ₡ 5.00 y para damas ₡ 3.00.

Avenida Central, frente a Compañías Eléctricas.

Teléfono 3283.

Agente en Puntarenas:
Agustín Brenes Batista